

Asfalto y Alejandro Montes

Gerardo Bustamante Bermúdez

LA LITERATURA ES UN CUCHILLO de doble filo. Quien escribe, no tiene la seguridad de que va a ser leído, comentado ni difundido. Resulta un lugar común preguntarle a un poeta, a un narrador o dramaturgo, los motivos que lo llevaron a escribir determinada obra. Las respuestas, con algunas variantes, serían más o menos las mismas: se escribe por necesidad y porque se tiene algo que decir.

El cuento mexicano a partir de los años sesenta del siglo xx se ha convertido en uno de los géneros más fecundos. Esto posiblemente se debe a que el escaso público lector cada vez tiene menos tiempo para ser asiduo lector de novelas.

De norte a sur, México cuenta con magníficos escritores de cuento que en su mayoría han sido difundidos gracias al Encuentro Anual de los Investigadores del Cuento que se celebra desde 1989, y que inició en la ciudad de Tlaxcala. Por este encuentro hemos descubierto a escritores que, con diversas propuestas estilísticas y temáticas, publican en periódicos, suplementos culturales y revistas, o que han sido acogidos por editoriales comerciales, o bien, reconocidos por alguna institución cultural. La aparición de antologías merece un reconocimiento aparte, pues en su mayoría recopilan textos de autores consagrados y nuevos escritores. Todo lo anterior enriquece el panorama de la cuentística mexicana desde Baja California hasta Quintana Roo.

A partir del año 2000, la nómina de cuentistas mexicanos ha crecido enormemente, a tal grado que la crítica literaria ya no puede ponerle una etiqueta a determinado grupo de escritores nacidos más o menos el mismo año. Denominaciones como: “Escritores de la generación de los enterradores”, “narradores de Tierra Adentro”, “generación del crack”, “jóvenes creadores o miembros de la nueva narrativa mexicana”, entre muchas otras formas de evocar a los que no siempre encajan dentro de los grupúsculos,

son inoperantes. Ninguno de estos nombres corresponde ni define los intereses literarios de los cuentistas del tercer milenio. Son tantos y tan variados que deben leerse y analizarse a la luz de su propia producción y no de manera grupal. Evidentemente se pueden encontrar afinidades literarias entre los contemporáneos, pero ya no se puede hablar de grupos o generaciones porque habría tal cantidad de grupos como cuentistas.

El tercer milenio mexicano desputa con la fama de escritores que ya se habían dado a conocer desde el siglo pasado y con otros que han ido surgiendo. Así, el panorama se ha enriquecido con los nombres de Eduardo Antonio Parra, Jordi Soler, Pedro Ángel Palou, Adriana Díaz Enciso, Ana García Bergua, Enrique Serna, Judith Segura, Ana Clavel, Guillermo Fadanelli, Ignacio Padilla, David Toscana, Mario Bellatin, Bernardo Esquinca, Mauricio Molina, Tania Ruiz, Rosina Conde, Héctor de Mauleón, Norma Lazo, David Izazaga, Rolando Rosas Galicia, Luis Martín Ulloa, Juan Hernández Luna, Nadia Villafuerte, y al menos una centena más de asiduos escritores de cuento. Todos ellos nacieron en distintos lugares, plantean temas, espacios y recursos literarios diversos que no obstante, diversifican el auge del cuento mexicano contemporáneo.

A esta lista de narradores se ha sumado Alejandro Montes (D. F., 1975), con su libro de cuentos *Asfalto* (Fósforo, 2009). Se trata de un material compuesto por once narraciones donde la mayoría de los personajes son adolescentes o personas adultas que se encuentran en una situación límite. Uno de los aciertos del autor es la escritura breve; las historias presentadas no requieren grandes detalles ni descripciones porque lo que no se dice o se sugiere siempre resulta más interesante en la escritura de un cuento. Este es el caso de *Asfalto*.

Las historias de este volumen tienen como constante la presencia de personajes ciudadanos que inspiran piedad y horror por las experiencias vividas, que aparecen de entre el asfalto, que cruzan las calles como personajes grises de una ciudad convulsa; algunos se mueven por los espacios de la marginalidad.

Con un lenguaje natural, Montes presenta historias de la ciudad para que la mirada y el juicio del lector focalicen los aciertos, dudas, miedos, pasiones y desesperaciones de sus personajes. Isaí Moreno, en el prólogo a *Asfalto*, afirma: “Alejandro Montes apuesta a una literatura cuya estética se sustenta en los elementos de la cotidianidad que damos por supuestos e ignoramos. A su manera, *Asfalto* es a su vez una cámara fotográfica, presenta un reto a nuestra mirada que ve pero no observa”.

El libro de Alejandro Montes abre con dos epígrafes que hacen alusión a la vida como un sueño y a la muerte como parte de la vida. Por momentos, las situaciones límites que viven los personajes dan a ellos mismos la sensación de una irrealidad y de la desesperación en medio de su cotidianidad.

En “Géner Barjaus”, el narrador hace una retrospectiva para evocar la historia del Géner, un personaje que merodeaba los espacios universitarios y compartía sus experiencias sobre el movimiento del 68 desde un presente donde las nuevas generaciones apenas si contextualizan lo ocurrido. A manera de recurso cinematográfico, Montes construye su relato con un narrador que observa desde su automóvil al Géner, el personaje ciudadano que hurga en los basureros de una empresa. El hombre que se quedó en los años sesenta cantando canciones de los Rolling, o también aquella letra que dice: “*préstame tu máquina del tiempo, quiero conocer la inmensidad, saludar de mano a lo nuevo y rolar por una extraña edad*”. Lo cierto es que en el presente, el narrador se ubica desde una posición de privilegio: los estudios universitarios le han permitido tener un trabajo y un automóvil, en cambio, el Géner ha quedado al margen de la “utilidad social”, se ha quedado en el pasado y en un contexto que se mira muy lejano. Su ideología sobre la lucha y el cambio social permanecen inalterables, a pesar de su condición eminentemente marginal.

En el cuento “Caja de faisanes”, el matrimonio de Camelia y Abelardo visitan la casa de un anciano de clase acomodada con el objetivo de conseguir algunos periódicos para venderlos. La curiosidad de la pareja hace que ingresen a la casa del anciano, aun cuando debían esperar en la calle. En esta historia hay una alusión diegética a *Crimen y castigo* de Dostoievsky, sólo que aquí no hay un rencor social por parte de los personajes, sólo se trata de seres que se asumen como parte del sector marginado y que frente a

la falta de malicia e inexperiencia en los asuntos delictivos, actúan de manera imprudencial y cometen un crimen. En este relato es el narrador el que pone a dialogar a personajes de opuestos estratos económicos que se encuentran en una situación extrema y donde lo no narrado (como es el caso de la historia del anciano) deja en el lector el trabajo de construcción de este personaje solitario que resulta igualmente miserable, pues su miseria humana y soledad son menos visibles que las de un mendigo.

Un cuento que merece atención especial es “Las últimas palabras”, donde un grupo de adolescentes ciudadanos ingresan a la casa de otro anciano que vive solo. Lo que inicialmente se puede leer como un rito iniciático en asuntos delictivos, toma un giro importante. “Las últimas palabras” alude a la experiencia del narrador adolescente, al encuentro con la mirada del anciano de cara arrugada y mirada penetrante. Se trata de un hombre a punto de morir y del personaje narrador adolescente que se convierte en depositario de una frase enigmática, cuando este último es descubierto en plena sala: “¡por fin iba a saber!”. La muerte y la soledad del anciano, la experiencia de soledad en medio de un caserón donde sólo hay silencio, hacen que el joven narrador construya el pasado del hombre solitario que tal parece que vive en un tiempo encapsulado. Así, la violencia en las calles y la vida acelerada contrastan con el silencio, la soledad y el encierro del hombre de las últimas palabras.

Por otra parte, Alejandro Montes también se ocupa de personajes juveniles ciudadanos que prefiguran un historial delictivo, particularmente en los cuentos “La llamada del jueves” y “Paco Omaña”. En el primer caso se presenta a un joven de clase media que porta una pistola de manera irresponsable, mientras que en el segundo, se trata de un niño con tendencias psicópatas que provoca el miedo y la alienación incluso en su propia madre.

Asfalto es un libro donde desfilan personajes anónimos y de clase media; los une el hastío de la vida monótona, las desigualdades sociales y la miseria de sus vidas. Se trata de obreros, empleadas de restaurantes, vagabundos, ancianos solitarios que esperan el llamado de la muerte, así como de personajes adolescentes en situaciones delictivas que deambulan por las calles, que caminan por el asfalto de una ciudad desangelada. •

Alejandro Montes. *Asfalto*. (Prólogo de Isaí Moreno), México, Fósforo, (Narrativa), 2009.

GERARDO BUSTAMANTE BERMÚDEZ. Es profesor investigador adscrito a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Contacto: gerardbb81@hotmail.com